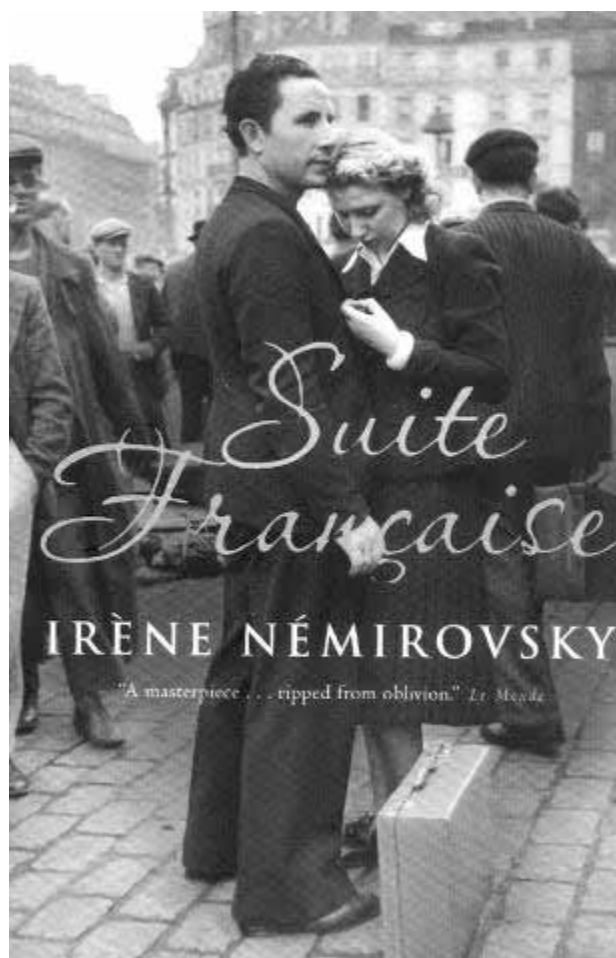


# Suite Française

IRÈNE NÉMIROVSKY

## MARTHA BÁTIZ ZUK

La historia detrás de esta novela es, quizás, mejor que la novela misma, aunque el mérito literario de *Suite Française* es muy alto. El libro puede encontrarse fácilmente en los escaparates de novedades de las librerías europeas y anglosajonas, y desde su publicación en abril no ha tenido más que buenas reseñas. El texto, escrito a mano en letra diminuta en unos cuadernos que fueron lo único que las hijas de la escritora rescataron cuando tuvieron que huir perseguidas por los nazis, estuvo guardado en una maleta por más de sesenta años. Denise Epstein, la mayor, se atrevió a abrirlos por primera vez tras la muerte de su hermana hace poco tiempo, y en vez de encontrar diarios íntimos, como imaginaba, lo que descubrió en aquellas páginas fue esta novela: la última que escribió su madre. Esta publicación sale a la luz, pues, 64 años después de la muerte de su autora, quien pereció en Auschwitz víctima del Holocausto.



Portada de la novela *Suite Française*

Irène Némirovsky nació en Kiev (Ucrania), en 1903. Era hija de un exitoso banquero judío, pero en 1918 la revolución rusa los obligó a abandonar su país y emigrar a Francia. Irène nunca obtuvo la nacionalidad francesa, sin embargo, su relación con su país adoptivo fue muy profunda, tanto así que se convirtió en una de sus mejores escritoras. Sus novelas, publicadas antes de que iniciara la Segunda Guerra Mundial, fueron grandes éxitos de ventas, y se tradujeron a varios idiomas europeos. Sin embargo, cuando los nazis tomaron Francia y empezaron a aplicar medidas antisemitas en ese país, Némirovsky y su familia fueron perseguidos, a pesar de haberse convertido al catolicismo. No sólo tenían en contra su ascendencia judía, sino su nacionalidad rusa: la orden de aprehensión vino casi inmediatamente después de que Hitler le declaró la guerra a Stalin.

Primero Irène, y luego su marido, fueron llevados a campos de concentración y asesinados. Sus dos hijas, Denise y Elisabeth, sobrevivieron porque una amiga de su madre les arrancó la estrella de David de la ropa, y estuvo escondiéndose en varias casas con ellas hasta que terminó la guerra. Sobrevivieron también porque el editor de Irène les estuvo enviando constantemente dinero a cuenta de las regalías de sus textos, que a partir de la ocupación se publicaron bajo seudónimo y se cobraban con los papeles de identificación de amigos arios que facilitaban el proceso (su educación y manutención hasta la edad adulta la recibieron de parte de un fondo judío creado en Nueva York para apoyar a los hijos de artistas víctimas de los nazis). A partir de mayo del 45, las niñas iban en vano todos los días a buscar a su madre y a su padre a la estación de tren francesa a donde llegaban los ex prisioneros de guerra recién liberados. Se tardaron más de un año en enterarse de que su madre había fallecido en 1942, apenas unas

semanas después de su arresto. Durante todo ese tiempo mantuvieron la esperanza de que estuviera viva. Por eso no es de sorprender que nunca se hubieran atrevido a abrir aquellos cuadernos empastados en piel y escritos en letra pequeñísima; que se hubieran quedado guardados en la vieja maleta durante seis décadas.

Suite Française contiene las primeras dos partes de una novela que estuvo planeada para ser una especie de sinfonía de palabras. Las 338 páginas del volumen ahora disponible son solamente el principio de algo que la autora no pudo concluir pero que, por sus notas, era un proyecto muy ambicioso. El ejemplo que ella quería seguir era la Quinta Sinfonía de Beethoven, con su primer movimiento impetuoso, seguido por uno más suave y contrastante. Por eso la primera parte de la novela se llama Tormenta en junio, y la segunda parte Dolce, de acuerdo con la indicación musical en italiano. La acción narra lo que la autora estaba viviendo en ese momento: la llegada de los nazis a Francia, y su ocupación militar.

He leído muchas novelas y testimonios sobre el Holocausto y sobre la Segunda Guerra Mundial, pero Suite Française no se parece a ninguna. La descripción del caos de la huida de los parisinos hacia la provincia ante la inminente llegada de las tropas alemanas está hecha con tanto lujo de detalle, con tantos personajes bien delineados, que uno de inmediato puede sentirse inmerso en esa desesperación, en el calor agobiante del verano europeo, en el miedo de no saber a dónde ir y cómo salvarse. La segunda parte narra la estancia de los alemanes en un pequeño pueblo de la campiña francesa, y la interacción en general entre los ciudadanos del territorio ocupado, y los soldados. La narración transcurre más pausada, más tranquila, aunque igualmente detallada, rica en

colores, sabores y texturas. Es claramente una narración hecha con la frescura de quien tiene el panorama completo desplegado ante los ojos, y lo está describiendo con todo cuidado y conocimiento de causa.

Quizá lo más admirable –y sorprendente– del libro sea que la autora humaniza con gran esmero a los personajes invasores: en vez de describirlos como unos asesinos salvajes, les da diferentes dimensiones y profundidades humanas, los sensibiliza y hasta les confiere cierta dulzura. Su crítica más ácida va hacia los franceses de clase media y alta, por su preocupación por defender sus bienes materiales, por su falta de solidaridad con quienes estaban más desprotegidos, y por su alianza y amistad por conveniencia con los alemanes. En los momentos en que hay un enfrentamiento entre personajes de ambas naciones, siempre recuerda que estos hombres capaces de atrocidades inenarrables son hombres como nosotros, como cualquiera, ante una situación límite, de guerra, donde la vida está en juego y nada es como debiera ser. Palabras escritas en un momento tan crítico de la historia, pero con tanta honestidad, con tanto conocimiento de la naturaleza humana, dejan ver la gran calidad de Némirovsky como persona, y hacen todavía más difícil la lectura de lo que viene en el apéndice: las anotaciones que hizo planeando la continuación de la novela, los siguientes volúmenes, la evolución de los personajes; las cartas entre el marido de la escritora y su editor –y las cartas con súplicas a tantas otras personas para que los ayudaran después de su arresto– donde es evidente que no tenían idea de su paradero, pero se negaban a perder la esperanza de que volvería; los recibos y telegramas avisando sobre envíos de dinero a cuenta de las regalías, lo cual permitió la manutención de las niñas (de cinco y diez años de edad); la única carta que Némirovsky pudo enviar a

su familia desde un campo de concentración francés antes de que la llevaran a Auschwitz. El texto que firma la traductora, y que está al inicio de la novela, es también conmovedor. Y resulta imposible quedarse sin aliento al descubrir que la novela termina cuando los alemanes se marchan a defender el frente soviético: precisamente el momento mismo en que la nacionalidad rusa de la autora se convirtió en su sentencia de muerte.

Lo que me fascina de la edición que está a la venta en Estados Unidos y Canadá, y que tiene que ver con el libro como objeto, es que al abrirlo lo primero que se ven son precisamente las decenas de renglones encimados, en tinta azul y letra manuscrita diminuta, que son una copia de los cuadernos donde Némirovsky escribió la novela. Es fascinante tratar de descifrar las palabras, las oraciones, ver los tachones, en fin, el trabajo de una escritora talentosa atrapada en la propia pesadilla que estaba narrando. Una escritora que sabía que debía darse prisa en plasmar su obra, porque de seguir el deterioro de la situación en torno suyo no le quedaba mucho tiempo de vida.

Ignoro qué editorial publicará la novela en su traducción al español, porque muy pocas de las obras de Némirovsky han sido traducidas a nuestro idioma, pero hay que estar al pendiente. Para quienes leen con comodidad en inglés, puedo decir que la traducción de Sandra Smith es muy buena, que el vocabulario es muy accesible, y que la acción transcurre con gran fluidez a pesar de la enorme tensión que prevalece. En el idioma que sea, ésta es una novela que no hay que perderse, porque pasear la mirada por sus páginas es como meterse en el túnel del tiempo y asomar a la intimidad de una de las épocas más oscuras de la historia. Una experiencia que duele, pero que definitivamente vale la pena. ■

Némirovsky, Irène: Suite Française. Nueva York: Alfred Knopf, 2006.

marthabatiz@rogers.com